

ños<sup>1</sup>. Era uso antiguo conceder los soberanos pontífices cuatro años de indulgencia á cualquiera que visitase durante el jubileo las cuatro principales iglesias de Roma. Tanucci hizo publicar un edicto que decia que para obtener estos favores espirituales bastaba visitar cuatro iglesias de Nápoles : inconsecuencia ridícula, *porque si creía en la eficacia de las indulgencias, no debía creerse él, desproveído de poder espiritual, con derecho de determinar su modo, y se hacia usurpador.* En 1776 suprimió de un golpe setenta y ocho monasterios en Sicilia, reunió algunos obispados, dió abadías sin el concurso del Papa, y quiso que los obispos mismos nombrasen para los curatos vacantes de sus diócesis. *No se sabia ya en donde se detendria la corte de Nápoles. La de España misma encontró que aquella escedia los límites de la prudencia, y encargó á su ministro su intervencion.* En este interin llegó á vacar el arzobispado de Nápoles. El rey pretendió nombrar á su gusto. El Papa representó que un uso observado despues de largo tiempo le daba la eleccion de los obispos del reino, y pedia que á lo menos el nombramiento no se hiciese sin su concurso. No obstante consintió en la promocion de M. Filangieri, á quien se queria hacer pasar del arzobispado de Palermo al de Nápoles, con condicion de que él solo nombraria el sucesor de M. Filangieri en Palermo, y este arreglo tuvo lugar por el cuidado que

<sup>1</sup> Siempre es el autor de las *Memorias filosóficas* el que habla en estos pasages.

se tomó, segun dicen, de escluir á Tanucci de la negociacion; *pero cuando las querellas nacen de personalidades, las treguas no son largas. Tanucci buscó y encontró bien pronto la ocasion de romper esta.* Pidió que el nuevo arzobispo fuese hecho cardenal. Pio VI, descontento del prelado favorecido, y teniendo motivo de sospechar de sus sentimientos sobre la doctrina, rehusó concederle esta dignidad. La guerra pues se empeñó de nuevo. *Esto era lo que deseaba Tanucci. Su caracter enredador apelaba á las querellas mas aun que su filosofia amaba las reformas. Veia con despecho la buena inteligencia del ministro de España en Roma con el Papa. Irritado de las contrariedades hace amenazas.* Deprime este mismo favor que solicitaba para su criatura. Ademas los cardenales no son mas que una *superfetacion* en la gerarquía, y el rey podrá muy bien tener en sus Estados un colegio de eclesiásticos que no tendrán la púrpura mas que de él. Este proyecto no podia menos de parecer caprichoso y ridículo. Pio VI, siempre fatigado, recurre á las representaciones, hace observar al rey que no cree poder recompensar á un prelado sospechoso de jansenismo. Nueva razon para Tanucci de proteger á los jansenistas, y procurar triunfos á este partido para suscitar embarazos y sentimientos al pontífice. Al mismo tiempo acogió y protegió á un dominico, de quien se acababa de condenar una obra en Roma. Quiso que este religioso continuase su libro, y volviese á tomar la cátedra de que se le

habia privado. Procuró tambien herir la corte de Roma por otro lugar. Se sabe que los reyes de Nápoles presentaban todos los años á los Papas la vispera de la fiesta de san Pedro una hacanea blanca ricamente enjaezada, con herraduras de plata, que llevaba una bolsa que contenia seis mil ducados. Esta ceremonia se hacia con mucha pompa. Estaba destinada en su origen á recordar que los reyes de Nápoles debian su corona á la santa Sede, y á indicar que conservaba sobre ellos su soberanía, y que le debian homenaje : pero de mucho tiempo á esta parte ella solo era un espectáculo y un testimonio de respeto á los soberanos pontifices. Los soberanos de Nápoles no eran por eso menos dueños en sus Estados. Parece pues que cuanto mas habia perdido este antiguo uso su importancia, y dejaba al príncipe toda su autoridad, tanto mas era manifestar pequeñez y carecer de generosidad el aprovecharse para suprimirlo de la flaqueza de la corte de Roma ; pero bajo pretexto de alguna contestacion que hubo entre los pages en la presentacion de la hacanea en 1776 hizo declarar al Papa que esta presentacion se haria en lo venidero sin pompa. Este fué casi el último acto de su ministerio. Se retiró contento sin duda de haber arrojado esta nueva manzana de discordia, y seguro ademas de dejar en el empleo hombres imbuidos de sus máximas, y dispuestos á seguir sus planes. En efecto, aunque la presentacion de la hacanea se hizo en 1777 y casi en la forma ordinaria, se con-

tinuó en dar golpes á la santa Sede. Fué prohibido á los obispos recibir bulas de Roma. Se suspendieron de repente las dispensas, que la dataría estaba en posesion de conceder. Una nueva pretension de la corte de Nápoles dió lugar á una larga contienda importante, y que tuvo las consecuencias mas funestas. Se trataba del nombramiento para los obispos. Sobre ciento treinta y nueve que se encontraron en las dos Sicilias no habia mas que veinte y seis que fuesen reconocidos de patronato real. El rey quiso atribuirse el derecho de nombrar para todos indistintamente. El Papa reivindicaba la posesion en que estaba de gozar de este privilegio. El abate Cestari escribió sobre este asunto en favor de la corte. Pretendia que los obispos podian dar la institucion canónica, siempre que fuese necesario. Su libro persuadió á algunos, mas aquellos mismos se retractaron cuando el abate Bolgeni hubo publicado su obra sobre este asunto. El ministerio napolitano se irrita de esta contradiccion. El embajador de esta corte en Roma se retira. Se habla de hacer marchar tropas hácia Benevento y Pontecorvo, de convocar un concilio nacional, y de elegir tres obispos que preconicen en lugar del Papa el nombramiento á las sillas vacantes. La corte de España interviene todavía *para prevenir este escándalo que iba á dar un príncipe católico*, y hubo un acomodamiento bien pronto seguido de nuevas disputas<sup>1</sup>. El rey de Nápoles redujo prodigiosa-

<sup>1</sup> Un solo hecho bastaria para probar la malignidad y la envidia

mente el número de los mendicantes, secuestró muchos beneficios, prohibió todo legado á las iglesias, suprimió el tribunal de la Inquisición en Sicilia, y nombró por sí solo para el arzobispado de su capital, vacante por la muerte de Serafino Filangieri. El Papa consintió en confirmar al nuevo arzobispo José Capece Zurlo, cuyo mérito y virtudes conocia. No creyó poder manifestar la misma condescendencia con un escritor llamado Serrao, á quien Fernando acababa de nombrar para el obispado de Potenza. Este eclesiástico pasaba por adicto al partido jansenista, que no habia dejado de hacer progresos en el reino á la sombra de la protección de Tanucci. Era autor de un libro intitulado *De præclaris catechistis*, en el que se declaraba por la doctrina de los apelantes de Francia. El Papa prohibió consagrarle hasta haber disipado las sospechas que habia hecho nacer. No habiendo parecido seguras las primeras esplicaciones que dió, se siguió una altercación muy viva entre las dos cortes. El rey sostenia á Serrao con mucho calor, y amenazaba pasar á los últimos extremos. Pio VI consultó á una congregación de cinco cardenales, y despues de algunas negociaciones se convino en que Serrao escribiría una carta por la cual asegu-

que presidian los consejos del ministerio napolitano. Cuando vió que se iba adelantando en desecar las Lagunas Pontinas, reivindicó una parte de ellas, y publicó una Memoria para esponer su pretension. Los zelos se alarmaban ya por la prosperidad de un pais hasta entonces tan infeliz. *Memorias históricas y filosóficas sobre Pio VI, t. I, p. 144.*

raria á la sante Sede de su obediencia, y protestaria someter á la Iglesia romana sus escritos pasados y venideros. Estas promesas le costaban tanto menos, cuanto menos dispuesto estaba á cumplirlas. Quedó siempre jansenista celoso, esperando la ocasión de mostrarse ardiente republicano, y no hizo mas escrúpulo de engañar á la Iglesia, que el que hizo despues de faltar á la fidelidad al monarca, que tan viva é imprudentemente le habia protegido. El 28 de febrero de 1784, edicto del príncipe para ordenar á los obispos que concediesen las dispensas para las cuales se usaba recurrir á Roma. El cardenal arzobispo de Nápoles dirigió representaciones sobre este edicto, conforme á los que se daban al mismo tiempo en Viena y Florencia. Este mismo año despertó el rey mas que nunca sus pretensiones de nombrar para todas las sillas episcopales de sus Estados. *La corte de España habia reprimido algun tiempo esta nueva usurpacion; pero se empezaban á cansar de su yugo, y el caballero Acton, que tomaba crédito, afirmaba al ministerio en su resistencia.* En el mes de mayo de 1784, el cardenal de Bernis hizo el viaje de Nápoles; se aprovechó de la confianza que le manifestaba la reina para abogar la causa de la santa Sede, y habló el lenguaje de un político diestro y de un príncipe de la Iglesia; pero no alcanzó mas que promesas vagas, y esperanzas bien pronto engañadas. *El capricho tenia mucho influjo en todas las determinaciones de esta corte inconsecuente y temosa.* El

Papa no tardó en saber que se abusaba en Calabria de un breve, por el cual habia autorizado la supresion ó reunion de muchos conventos. Habíase estendido esta medida hasta tal punto, que se habia hecho un verdadero robo. Se suprimian iglesias, se apoderaban de sus bienes. Su plata se enviaba á la casa de moneda. Se despachaban de sus monasterios á religiosos aficionados á su Estado. Se privaban las doncellas felices en su claustro de un retiro en el que encontraban una vida tranquila, una subsistencia segura y un asilo que ellas habian creido necesario á su piedad, y eran arrojadas á un mundo, en el que eran extranjeras, y estaban fuera de su lugar. El Papa envió su secretario de Estado á llevar sus representaciones á Nápoles. Esto fué sin suceso. *Los intereses de la corte de Roma dependian entonces del marqués del Marco, ministro de justicia y de negocios eclesiásticos, formado en la escuela de Tanucci, criatura del caballero Acton, que tenia por todo talento una ciega docilidad á las órdenes de este último, doblez, y un gran fondo de malevolencia para con la corte de Roma, que él tomaba por el de la filosofia. Un antagonista mucho mas temible aún, porque era verdaderamente filósofo y habia dado en su vireinato de Sicilia pruebas de su caracter atrevidamente reformador, era el marqués de Caraccioli, que tuvo el ramo de negocios extranjeros. El 28 de junio de 1786, nuevo edicto para sustraer á los religiosos de la dependencia de sus generales extranjeros. Esta era una medida que nosotros hemos*

visto tambien adoptada por los cuñados de Fernando. Poco despues el tribunal de santa Clara pronunció que siendo de patronato laico tres de los obispados, sobre los cuales giraba la contestacion, debian ser de nombramiento del rey. El Papa, los cardenales, el arzobispo de Nápoles, prelado virtuoso y celoso, se elevaron contra estas medidas. Abrióse una negociacion: *el marqués de Caraccioli con grande admiracion de todo el mundo se habia hecho cerca de su corte el principal abogado de la santa Sede, el mismo á quien se habia oido decir mas de una vez en París: si yo alguna vez llego á ser ministro del rey de Nápoles sabré muy bien hacerle independiente del gran mufti de Roma. Sin embargo no se acomodaron. Mucho tiempo hacia que en Nápoles todo sucedia por accesos de humor. La corte pasaba alternativamente de la benevolencia á la animosidad, siguiendo unas veces los consejos moderados de Caraccioli, otras los avisos violentos de Acton, otras sus propios caprichos.* En 1788 cesa la presentacion de la hacanea. El fiscal de la cámara apostólica protesta contra esta omision. Algunos dias despues el agente del rey ofrece doce mil escudos, que se rehusan, como que no llenaban los empeños. Se escribió de una y otra parte, la una para probar sus derechos, la otra para libertarse de ellos; y entre tanto el gobierno napolitano pone en secuestro todo los beneficios que no tenian cargo de almas, y prosigue su plan de atraer á sí todos los bienes eclesiásticos. Un incidente parti-